

CICLO A. DOMINGO 34. FIESTA DE CRISTO REY.

Dios omnipotente y eterno es rey universal, creador de todo y juez de las naciones. El Hijo eterno de Dios, según la fe de la cristiandad, es rey. Y como hombre sigue siendo rey. Es el fundamento de la fiesta de Cristo rey.

El poder divino es la base para toda la religión y la oración bíblica; Dios reina y triunfa, tiene poder de rey, y es misericordioso, de modo que puede y quiere atender nuestras oraciones.

Pero este mundo de poder de unos sobre otros está destinado a la muerte. El hombre, a imagen de Dios, que busca el interés personal y obedece al gen egoísta, culmina en conflicto y muerte, y el fin es el descanso eterno.

La salvación de este hombre es la ley, que pone orden en las relaciones, y la jerarquía, los pastores y el rebaño sumiso. El rey es la salvación. *"Yo les daré pastores. Pastores dabo vobis"*

El texto de Ezequiel nos refleja una corriente que se destaca desde Samuel, que duda entre dejar a Dios que siga como rey, o ungir a Saúl como rey de Israel. Esa corriente contra el poder de los reyes de Israel se revela también en el salmo 22 (23). Dios decide desplazar a los reyes de poder sobre el pueblo, y ponerse él mismo al frente del pueblo como único pastor. Es un salmo revolucionario: pastores no como reyes. Dios mismo decide ser pastor de amor. *"No les daré pastores."*

Lord Acton, católico, en Inglaterra, 1870, resumió la experiencia humana, cuando, en el Concilio Vaticano I, se debatía por definir la infalibilidad del Soberano Pontífice, y dijo: *"Todo poder corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente."* Así corona la gran batalla contra los reyes, de la revolución francesa, y en pro de la democracia.

La opción de la fe apostólica no es por los reyes y las jerarquías sino por el amor fraterno. Nuestra fiesta de Cristo rey es para celebrar no al rey de poder y dominio sino a Jesús que agoniza en la cruz y lo entrega todo por amor; no a la iglesia de los tres poderes y de la Tiara del Soberano Pontífice sino la compasión y el servicio de unos por otros en la ecclesia.

Ezequiel 34,11-17

10 Esto dice el Señor: Me voy a enfrentar con los pastores: les reclamaré mis ovejas, los quitaré de pastores de mis ovejas para que dejen de apacentarse a sí mismos, los pastores; libraré a mis ovejas de sus fauces, para que no sean su manjar. 11Así dice el Señor: Yo mismo en persona buscaré mis ovejas siguiendo su rastro. 12Como sigue el pastor el rastro de su rebaño cuando las ovejas se le dispersan, así seguiré yo el rastro de mis ovejas y las libraré sacándolas de todos los lugares por donde se dispersaron un día de oscuridad y nubarrones. 13Los sacaré de entre los pueblos, los congregaré de los países, los traeré a su tierra, los apacentaré en los montes de Israel, en las cañadas y en los poblados del país. 14Los apacentaré en ricos pastizales, tendrán sus prados en los montes más altos de Israel; allí se recostarán en fértiles praderas y pastarán pastos jugosos en los montes de Israel. 15Yo mismo apacentaré mis ovejas, yo mismo las haré descansar –oráculo del Señor–. 16Buscaré las ovejas perdidas, recogeré las descarriadas; vendaré a las heridas, sanaré a las enfermas: a las gordas y fuertes las guardaré y las apacentaré como es debido.

Salmo 22. El Señor es mi pastor. (Ez 34; Jn 10)

1 El Señor es mi pastor, nada me falta.

2 En verdes praderas me hace reposar, me conduce a fuentes tranquilas 3 y recrea mis fuerzas. Me guía el sendero adecuado haciendo gala su oficio.

4 Aunque camine por lúgubres cañadas, ningún mal temeré, porque tú vas conmigo; tu vara y tu bastón me defienden.

5 Preparas ante mí una mesa en presencia de mis enemigos; me unges con perfume la cabeza, y mi copa rebosa.

6 ¡La bondad y el amor me escoltan todos los días de mi vida! Y habitaré en la casa del Señor a lo largo de mis días.

Dios decide desplazar a los reyes de poder sobre el pueblo, y ponerse él mismo al frente del pueblo como único pastor. Es un salmo revolucionario: pastores no como reyes. Dios mismo decide ser pastor de amor. "No les daré pastores. Dios es mi pastor."

1Corintios 15,20-28

1 Ahora, hermanos, quiero recordarles la Buena Noticia que les anuncié: la que ustedes recibieron y en la que perseveran fielmente, 2 por ella son salvados, siempre que conserven el mensaje tal como yo se lo prediqué; de lo contrario habrían aceptado la fe en vano. 3 Ante todo, les he transmitido lo que yo mismo había recibido: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, 4 que fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras, 5 que se apareció a Cefas y después a los Doce; 6 luego se apareció a más de quinientos hermanos de una sola vez: la mayoría viven todavía, algunos murieron ya; 7 después se apareció a Santiago y de nuevo a todos los apóstoles. 8 Por último se me apareció a mí, que soy como un aborto. 9 Porque yo soy el último entre los apóstoles y no merezco el título de apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios.

1Cor 15 Texto indispensable para definir la fe apostólica: “Creo en la resurrección de los miembros de la eclesía. Creo que están vivos los que murieron como miembros activos de las iglesias apostólicas” Fe esencial para Pablo: la Buena Noticia.

Pablo elabora una nueva definición sobre la fe apostólica, al afrontar un nuevo problema sobre el que le han llegado rumores: «¿Cómo algunos de ustedes dicen que no hay resurrección de muertos de la eclesía?» (12).

Quizás unos cristianos helenistas dicen: En la muerte, tenemos el «alma» libera del «cuerpo», ¿qué sentido tiene recuperarlo, encerrarse o enterrarse de nuevo en él, a través de una posible y futura resurrección corporal? Sería como si el alma regresara de nuevo a la tumba del cuerpo. Se juega con las palabras griegas «soma», cuerpo; y «sema», tumba. Y se sacaban La fe apostólica consiste onclusiones paradójicas: Por ejemplo, la indiferencia moral hacia todo lo relativo al cuerpo, sexualidad incluida (cfr. 6,12s), o la falta de sensibilidad sobre la situación de los más pobres y marginados de la comunidad (cfr. 8,1-12; 10,23).

Pablo modifica nuestra fe tradicional de las cristiandades, en Cristo resucitado. Lo característico de la fe apostólica es creer en la resurrección de los miembros de las iglesias, juntamente con Jesús, que es El Viviente.

Es decir, en la resurrección de Cristo, Pablo aborda el tema de la resurrección de Jesús ligándolo indisolublemente a la de los miembros de la eclesía. Lo hace de manera sistemática y ordenada.

«Quiero recordarles la Buena Noticia que les anuncié» (1). La introducción es solemne porque da paso a lo fundamental del Evangelio

que él predica y que los corintios acogieron con la fe *«siempre que conserven el mensaje tal como yo se lo prediqué»* (2).

Esta Buena Noticia había quedado ya establecida en tiempos de Pablo en una especie de *«confesión de fe»* aceptada por todas las comunidades cristianas, y articuladas con expresiones precisas y claras que se refieren a dos hechos correlativos: muerte-resurrección de Jesús. Resucita el que muere. Una muerte que perdona los pecados porque desemboca en la resurrección. La mención a la sepultura rubrica la muerte.

La cristiandad nos enseñó otra fe al confesar en el credo: *“Creo en la resurrección de los muertos. Creo en la resurrección de la carne”*. Y en la vida eterna para todos. Y Cristo vendrá al fin de los tiempos a juzgar a los vivos y a los muertos. Y todos resucitarán. Suena como una consecuencia de la fe absoluta en los hombres inmortales por su alma inmortal.

La fe apostólica confiesa la fe en la Resurrección de Jesús con los miembros de las iglesias. La buena noticia es que estamos resucitados con Jesús. Pablo enumera a los *«testigos»* de la resurrección de Jesús comenzando por los más calificados, Pedro y los Doce, siguiendo por los otros *«apóstoles»* y un grupo impresionante de 500 hermanos y hermanas. Pablo se pone en pie de igualdad con los demás testigos, aunque se asigna el último puesto en la fila (cfr. Ef 3,8). Al Viviente, cree Pablo, lo hemos percibido sin ninguna duda.

El testimonio apostólico de estos hombres y mujeres que vieron, hablaron y comieron con Jesús resucitado es fundamental para nuestra fe en nuestra resurrección. Confesamos creer en unas iglesias, que creen lo que los apóstoles *«vieron»* con sus propios ojos, es decir, que Jesús estaba vivo; y confesamos creer lo que ellos *«creyeron»*: que esta vida del resucitado nos es dada a todos los participantes de las iglesias.

La resurrección de Jesús, por tanto, es más que un *«hecho real»*, es también una *«realidad de fe en la iglesia»*. Por eso la Iglesia desde sus comienzos no fue un movimiento de contornos indefinidos, sino una comunidad convocada y reunida en torno a esta *«realidad de fe»* fundada en los *«testigos de la resurrección»*, los discípulos. Así sigue siendo hoy día y seguirá hasta el final de los tiempos. Las iglesias y cada uno de sus miembros, tenemos el deber primordial de mantener intacto y vivo el testimonio de los apóstoles.

15,10 Gracias a Dios soy lo que soy, y su gracia en mí no ha resultado estéril, ya que he trabajado más que todos ellos; no yo, sino la gracia de Dios conmigo. 11 Con todo, tanto yo como ellos, proclamamos lo mismo y esto es lo que ustedes han creído.

12 Ahora bien, si se proclama que Cristo resucitó de la muerte, ¿cómo algunos de ustedes dicen que no hay resurrección de muertos? 13 Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha resucitado; 14 y si Cristo no ha resucitado, es vana nuestra proclamación, es vana nuestra fe. 15 Y nosotros resultamos ser testigos falsos de Dios, porque testimoniamos contra Dios diciendo que resucitó a Cristo siendo así que no lo resucitó, ya que los muertos no resucitan. 16 Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado. 17 Y si Cristo no ha resucitado, la fe de ustedes es ilusoria, y sus pecados no han sido perdonados, 18 y los que murieron como cristianos perecieron para siempre. 19 Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo sólo para esta vida, somos los hombres más dignos de compasión.

20 Ahora bien, Cristo ha resucitado de entre los muertos, y resucitó como primer fruto ofrecido a Dios, el primero de los que han muerto. 21 Porque, si por un hombre vino la muerte, por un hombre viene la resurrección de los muertos. 22 Como todos mueren por Adán, todos recobrarán la vida por Cristo. 23 Cada uno en su turno: el primero es Cristo, después, cuando él vuelva, los cristianos; 24 luego vendrá el fin, cuando entregue el reino a Dios Padre y termine con todo principiado, autoridad y poder. 25 Porque él tiene que reinar hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies; 26 el último enemigo que será destruido es la muerte, 27 según dice la Escritura: Todo lo ha sometido bajo sus pies. Pero al decir que todo le está sometido, es evidente que se excluye a aquel que le somete todas las cosas. 28 Cuando el universo le quede sometido, también el Hijo se someterá al que le sometió todo, y así Dios será todo para todos.

29 Si no fuera así, ¿qué hacen los que se bautizan por los muertos? Si los muertos no resucitan, ¿por qué se bautizan por ellos? 30 ¿Por qué nosotros nos exponemos en todo instante al peligro? 31 Cada día estoy en peligro de muerte. Lo juro, [hermanos,] por el orgullo que siento de ustedes ante Cristo Jesús Señor nuestro. 32 Si por motivos humanos luché con las fieras en Éfeso, ¿de qué me sirvió?

Si los cristianos muertos no resucitan, comamos y bebamos, que mañana moriremos. 33 No se dejen engañar: las malas compañías corrompen las buenas costumbres. 34 Vuelvan a comportarse como es debido y dejen de pecar, porque algunos de ustedes todavía no saben nada de Dios – para vergüenza de ustedes lo digo–.

No me basta creer en la resurrección de Cristo, y entregarme al encuentro personal con él. Toda la teología kerigmática que ha tenido arrollador influjo desde tiempos del Concilio, y es la base de la autollamada Nueva Evangelización, debe revisarse.

Nuestra fe cristiana no se funda en creer que Cristo resucitó. Los rabinos judíos, con quienes tuve conversaciones en el Celam, creían en Cristo Resucitado, el judío más bello. Me decían: si Dios se llevó al cielo a Elías, con mayor razón a Jesús.

La teología kerigmática pone la fe en creer en Cristo Resucitado, en un acto de fe ciego, que nos salva y borra nuestros pecados. Quizás los helenistas que no insistían en la resurrección de los cristianos pensaban como suficiente la inmortalidad del alma sin el cuerpo. La fe cristiana consiste en creer en los cristianos de las iglesias vivos con el Viviente. Los otros están destinados a la muerte y al descanso eterno del Sheol.

Lo más esencial para Pablo y la fe apostólica es que los cristianos viven con Cristo, El Viviente, resucitan con él. Todos los hombres viven en este mundo mortal que termina con el descanso eterno, el Shabat eterno. Los que viven con Cristo hasta morir con él por los hermanos tenemos vida eterna. Vivimos con Él. Si los cristianos no resucitan, seríamos las personas *«más dignas de compasión» al haber puesto nuestra esperanza en Cristo «sólo para esta vida»* (19).

Pablo contempla a la humanidad como un gran acontecimiento solidario, tanto para el fin normal de este mundo que puede incluso colapsar, como para la vida eterna de salvación. La contraposición Adán-Cristo tiene para él simultáneamente un valor histórico, antropológico y salvífico.

La humanidad bajo el pecado y la muerte –simbolizada en Adán– es substituida por la humanidad bajo la gracia y la vida que nos da Cristo en la iglesia. Así, Adán con todos los que mueren por ser mortales son un mundo; otro mundo distinto y exclusivo son los miembros de las iglesias. El primero es causado por la desobediencia de uno; el segundo, por la obediencia del otro en la iglesia del amor fraterno (cfr. Rom 5,19).

El dolor y la muerte son lo opuesto al plan de Dios; el plan de Dios en Cristo y las iglesias, es plan de vida, amor y alegría, queda restablecido, con un nuevo nacimiento y una nueva creación en la iglesia santa, de los resucitados para una vida eterna, consciente y gozosa.

Pablo establece las siguientes etapas:

Primera, la resurrección de Cristo ampliamente testimoniada.

Segunda, la resurrección de los cristianos *«cuando él vuelva»* (23). Para la fe apostólica, por los años 80, él ya vino, ya volvió. y los cristianos vivos o muertos están presentes vivos, reinando con él.

Tercera, el sometimiento, en las iglesias de discípulos o comunidades obedientes a Jesús, de todos los poderes hostiles a Dios, hasta terminar

con el último de estos, la muerte. Véase Is 25,8: «*aniquilará la muerte para siempre*», o Ap 20,14: «*Muerte y Hades fueron arrojados al foso del fuego*». Ese día se implantó definitivamente el «reino de Dios» que Jesús empezó a proclamar en Galilea (Mt 1,15). El reino de Jesús en la eclesía se inauguró con su segunda venida al resucitar de entre los muertos como primogénito. Los miembros de la eclesía ya resucitamos y reinamos con Jesús presente entre nosotros y protagonista con nosotros. *Es Cristo quien vive en mí. Vivo yo, mas no yo. Donde dos o tres miembros de la eclesía se reúnan ahí estoy yo en medio de ellos.*

Por último y refiriéndose a sí mismo, Pablo les dice que estaría sufriendo por ellos en vano si no creyera en la resurrección de los cristianos muertos. La muerte de Jesús y el noble combate de la fe que llevamos adelante, tiene como razón de ser la resurrección de los participantes en las eclesías. Si estos no resucitan tendrían razón los que rigen su vida por el refrán popular «*si los muertos de las eclesías no resucitan, comamos y bebamos, que mañana moriremos*» (32).

Esta tercera etapa, la del triunfo definitivo, que para Pablo y los cristianos de su tiempo era inminente, ya sucedió, completa y definitiva, según la fe apostólica subsiguiente. Hacia el año 80, -Col-Ef-Mt-Jn-He- la fe apostólica confesaba: **“Ya vino a juzgar las eclesías y a reinar como protagonista principal en las eclesías, y estará presente hasta el fin del mundo, y nadie lo sustituirá.**

Ahora tenemos más claras nuestras dos primeras fidelidades y las dos realidades asombrosas iniciales

Primera Fidelidad al Dios bueno autor benévolo de la primera creación, con la fraternidad universal. Y la fidelidad al Dios desconocido que decide gratuitamente hacernos Hijos suyos en el Hijo.

Segunda fidelidad: al Hijo del hombre y a todos los hijos de Dios resucitados unidos a Jesús resucitado. Fidelidad a la nueva creación, a la humanidad nueva y a la plena humanización.

Mateo 25,31-46. El juicio de De Jesús como protagonista definitivo de la eclesía apostólica.

Hacia el año sesenta, la fe de los apóstoles espera la pronta vuelta del Señor que resucitó y vive,

31 Cuando el Hijo del Hombre llegue con majestad, acompañado de todos sus ángeles, se sentará en su trono de gloria 32 y todas las naciones serán reunidas en su presencia. Él separará a unos de otros, como un

pastor separa las ovejas de las cabras. 33 Colocará a las ovejas a su derecha y a las cabras a su izquierda.

34 Entonces el rey dirá a los de la derecha: Vengan, benditos de mi Padre, a recibir el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. 35 Porque tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber, era emigrante y me recibieron, 36 estaba desnudo y me vistieron, estaba enfermo y me visitaron, estaba encarcelado y me vinieron a ver. 37 Los justos le responderán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber, 38 emigrante y te recibimos, desnudo y te vestimos? 39 ¿Cuándo te vimos enfermo o encarcelado y fuimos a visitarte?

40 El rey les contestará: Les aseguro que lo que hayan hecho a uno solo de éstos, mis hermanos menores, me lo hicieron a mí.

41 Después dirá a los de su izquierda: Apártense de mí, malditos, vayan al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles. 42 Porque tuve hambre y no me dieron de comer, tuve sed y no me dieron de beber, 43 era emigrante y no me recibieron, estaba desnudo y no me vistieron, estaba enfermo y encarcelado y no me visitaron. 44 Ellos replicarán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, emigrante o desnudo, enfermo o encarcelado y no te socorrimos?

45 Él responderá: Les aseguro que lo que no hicieron a uno de estos más pequeños no me lo hicieron a mí. 46 Éstos irán al castigo perpetuo y los justos a la vida eterna.

El juicio de las iglesias

La cristiandad nos ha repetido en el credo que Jesús vendrá al fin del mundo a juzgar las naciones. *"Ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos."* Y por, eso este pasaje siempre lo hemos entendido como el Juicio de las naciones cuando vuelva al final de los tiempos a juzgar a vivos y muertos, todos resucitados.

Se traslada por la cristiandad, de los años sesenta, al fin del mundo, con grandes confusiones de la fe. Y los traductores titulan este pasaje como el juicio de las naciones al fin de los tiempos. Tenemos la fe absoluta en que, como seres humanos, estamos creados para la inmortalidad, para la resurrección final y para la vida eterna . o para el castigo eterno. El juicio final para todos los resucitados.

La fe de los apóstoles. en tiempo de Pablo. esperaba la venida del Señor como está en este texto. Entonces se creó esta imagen espectacular del juicio final de Jesús para empezar el reinado de Dios en las iglesias, con la presencia del protagonista principal del reino, Jesús el Señor, el Viviente, en medio de la comunidad cristiana, la Comunidad

obediente a Jesús. Él es el rey, a la manera del crucificado. Para la fe apostólica el criterio de juicio es el paradigma del servicio mutuo. *"Ejemplo les he dado, o, paradigma del lavatorio de los pies."*

Pero pronto, hacia el año ochenta, se clarificó que Jesús desde su resurrección ha venido e implantado el juicio definitivo y clarísimo, criterio de condenación o de salvación y vida eterna para las iglesias. Los cristianos conocen los criterios del juicio final: No son la ley y los preceptos sino el amor al más necesitado en la iglesia. La generación cristiana que siguió a la muerte de los discípulos, dio el paso definitivo como fe de los apóstoles: Jesús reina en la iglesia con todo su protagonismo. El tiempo del Jesús ausente, de la zozobra de vivir sin él, terminó.

Par la fe apostólica, el mundo quedó claramente dividido en dos: Los miembros de las iglesias apostólicas, comunidades obedientes a Jesús, el reino de Dios, el hecho evangélico. Y al otro lado, el resto de la humanidad que pertenecen a este mundo mortal, destinados al descanso eterno. La fe apostólica no es un anonimato que se aclarará en el juicio final el día de la resurrección universal. La iglesia es una comunidad de contraste.

Se constituye en parte esencial de la fe apostólica el considerar a Jesús como protagonista principal e insustituible de la iglesia de convocados. Jesús ya implantó el reino con su ley fundamental como criterio de juicio, el cual ya se está dando en la iglesia. Cada día, en el hoy de la iglesia se da el juicio final. Queda absolutamente claro que el reino es la iglesia.

De ahí que la fiesta de Cristo rey para la fe apostólica y para la iglesia, es la fiesta del protagonismo de Jesús vivo en la iglesia, y es todos los días. Este es el Evangelio, y solo ahí se puede rezar cada día el Padre nuestro. No hay cristianos anónimos porque son del día y no de la noche, de la luz y no de las tinieblas. Son antorchas que brillan en medio de la oscuridad. Entronicemos a Jesús como nuestro rey en la iglesia.

Esta creación se guía por el gen egoísta que hay que educar, civilizar y moderar. El gen egoísta le dice a cada hombre que defienda sus intereses, que cuide su autoestima si quiere tener éxito en la vida, y ser feliz; que el otro es rival, e incluso puede con facilidad ser enemigo. *"El otro es el infierno."* (Camus)

Trasladada la escena del juicio final, de los años 60, al fin del mundo como lo hizo la cristiandad, el juicio de Cristo rey puede catalogarse como injusto. El criterio promulgado por Jesús para aplicarlo a todos es un discurso totalmente desconocido para el ser humano normal y exitoso.

Lo más grave es que la cristiandad reafirmó de manera solemnísimamente que Jesús está ausente, y debe reemplazarse. No está

presente gobernando la eclesía. Se hace indispensable todo el andamiaje religioso de mediadores, celestiales y terrenales, de jerarquía y clero con todos los clericalismos.

Y ha creado problemas inmensos en la teología como la tesis de un gran teólogo como Karl Rahner sobre *los cristianos anónimos*. Jesús, en el juicio final, se dirige a todos indistintamente, demostrando así que también fuera del ámbito visible de sus discípulos, de su Iglesia, puede acontecer el reino. La Iglesia no se identifica con el reino, sino que es su humilde servidora. El reino acontece también más allá de sus fronteras visibles; es lo que se ha llamado el «cristianismo anónimo». La escena nos hace comprender que muchos, sin conocer la persona de Jesús, se ajustan a los valores de reino en la entrega y el amor al prójimo, y eso decide su destino. El juez universal está «de incógnito» en todos los pobres de la tierra, oculto en todos los rostros doloridos, pero esa presencia oculta se pondrá de manifiesto en el momento final. Por otro lado, esta enseñanza de Jesús se dirige a los cristianos que han descuidado su compromiso práctico, para despertarles de su letargo y recordarles que el destino de cada uno se decide en la actitud que tenga ante los necesitados en este tiempo que precede a su venida.

Pero otros esa idea descalifica toda la misión. Y Pablo mismo salta a decir que él vive entre cadenas y muere por predicar la fe como eclesía visible y pública, como una luz en las tinieblas. El Concilio habla "*de los que se salvan por caminos que solo Dios conoce.*"

Dos fiestas de Cristo Rey:

Fiesta de Cristo rey para la fe de los apóstoles, eclesía,

Cada día es el día del juicio final, ante Jesús que muere por nosotros y nos invita a hacer lo mismo, para darle nuevos Hijos al Padre y Madre Dios. Cada día es el día del protagonismo de Cristo rey al modo del Dios desconocido, protagonismo tan anhelado por Pablo y los cristianos de su tiempo. El desafío de cada día del cristiano es superar con éxito la prueba final, hacer lo que hizo el modelo Jesús, el Hijo del Hombre.

Es ejercer el reinado es vivir el reino de Dios en la tierra por el ejercicio del amor misericordioso con los hermanos. Las seis maneras de manifestar el amor al prójimo se encuentran en el Antiguo Testamento (Is 58,7; Job 22,6s), pero aquí son manifestación del precepto fundamental del amor mutuo en la eclesía.

La doctrina de Jesús excluye el espíritu financiero, el intercambio comercial, la búsqueda del interés personal. El reino de Dios es el reino

del amor gratuito, es la donación de un Padre y Madre. El hacer algo para conseguir una recompensa de Dios lleva a concluir que Dios no tendría más remedio que premiar al fiel. Se podría actuar, entonces, no por Dios sino contra Él, para atarle las manos y obligarle a retribuir a sus devotos. Una tergiversación religiosa de la gratuidad del Padre y de la nuestra.

Relación con otros textos clave de la catequesis de Mateo. O contenido esencial del discurso de posesión de Jesús como rey de la iglesia apostólica,

- Con el final de Mateo: *Todo poder se me ha dado en el cielo y en la tierra. Vayan y hagan discípulos* tienen jurisdicción divina para crear iglesias de discípulos en todo el mundo.
- *Bautícenlas en el nombre del Padre*, de Dios Padre y Madre, que quiere realizarse en el amor gratuito. Por este bautismo en el nombre del Padre, ustedes han de ser padres y madres de ternura para sus hermanos de iglesia.
- *Bautícenlos en el nombre del Hijo*, del Hijo del hombre e Hijo de querido Dios.
- *Bautícenlos en el nombre del Espíritu Santo*, la fuerza divina que Dios ha puesto en toda la creación, y que es fuerza de la gratuidad del Padre amoroso triunfante en la iglesia como nueva creación..
- *Enséñenles a practicar todo*. Entréñenlos en la vida de iglesia. Que la iglesia hija, practique todo lo que cumple la iglesia madre.
- *Yo estaré presente con todo el protagonismo*. No me sustituyan.
- del c. 18 de Mt. *Todo lo que la iglesia ate en la tierra quedará atado en el cielo y lo que desate en la tierra quedará desatado en el cielo. A quienes les perdonen los pecados les serán perdonados...*
- *Los de la iglesia son los pobres bienaventurados: Todo el sermón de la montaña es de iglesia.*

Fiesta de Cristo rey, para la cristiandad de la Iglesia católica.

El Dios conocido, a imagen del hombre que triunfa y se impone. El Dios de Israel, rey de los ejércitos

El Dios que dice: *"Yo les daré pastores y reyes". "Todo poder se me ha dado en el cielo y en la tierra."* *"Tú eres Pedro, mi representante, te daré las llaves del reino de los cielos, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella."* *"Tu reinarás, este es grito que ardiente exhala nuestra fe. Tú reinarás, oh Rey Bendito, pues tú dijiste "reinaré."* *"Yo les daré pastores. Pastores dabo vobis"* San Juan Pablo II.

La cristiandad cambió la fe de los apóstoles y trasladó este juicio de la instalación de Jesús como protagonista real de la vida de la eclesía, al final de los tiempos. Según la cristiandad Cristo vendrá al juicio final a juzgar a los vivos y a los muertos.

Las obras de misericordia, por consiguiente, pueden tener dos tipos de presentación.

O bien, como expresión del segundo mandamiento o del amor al prójimo, amor a Dios y amor al prójimo, que nos vincula a todos los monoteístas y nos une en la fraternidad universal y en la amistad universal.

Y las obras de la misericordia pueden ser también la expresión del amor fraterno que es el amor mutuo en la nueva alianza de la eclesía. Benedicto XVI las considera de esta manera en la encíclica "*Deus caritas est.*"

La fe apostólica nunca pensó en la resurrección de todos los muertos para el juicio final, al concluir la historia.

Biblia del peregrino. Luis Alonso Schoekel, Mi profesor en Roma.

1 TESALONICENSES Introducción Tesalónica. Tesalónica, la actual Salónica –Grecia– era la capital de la provincia romana de Macedonia desde el año 146 a.C., y en la ordenación jurídica del imperio, ciudad libre desde el 44 a.C. Ciudad portuaria, comercial, reina del Egeo, próxima a la vía Ignacia que unía el sur de Italia con Asia.

Ciudad cosmopolita, próspera y, como tantas ciudades importantes, ofrecida al sincretismo religioso: cultos orientales, egipcios, griegos y también el culto imperial. Circunstancias de las cartas. Sus circunstancias se pueden reconstruir combinando la relación, bastante esquematizada de Hch 17s con datos directos o implícitos de las mismas cartas.

Expulsado de Filipos, Pablo se dirigió a Tesalónica donde fundó una comunidad. Huido pronto de allí, pasó a Berea hasta donde lo persiguieron, y marchó a Atenas. Fracasado en la Capital cultural, se asentó con relativa estabilidad en Corinto.

Le asaltó el recuerdo de los tesalonicenses y la preocupación por aquella comunidad joven y amenazada. Les envió a su fiel colaborador Timoteo para que los alentara y volviera con noticias. Timoteo trajo muy buenas noticias y también un problema teológico.

El problema teológico. Éste versa sobre la parusía o venida/retorno del Señor. El término griego «parousia» designaba la visita que el emperador o legado hacía a una provincia o ciudad de su reino.

Llegaba acompañado de su séquito, desplegando su magnificencia, y era recibido por las autoridades y el pueblo con festejos y solemnidades. Esta actividad imperial, muy conocida en la

antigüedad, sirve para traducir a la lengua y cultura griegas el tema bíblico de la «venida del Señor» para juzgar o gobernar el mundo (cfr. Sal 96 y 98; Is 62,10s y otros muchos textos).

Donde el Antiguo Testamento dice Dios = Yahvé, Pablo pone Kyrios (Señor Jesús): el que vino por medio de la encarnación, volverá en la parusía. Su séquito serán ángeles y santos; su magnificencia, la gloria del Padre; su función, juzgar y regir. Al encuentro le saldrán los suyos, para quienes su retorno será un día de gozo y de triunfo. ¿Cuándo sucederá eso? ¿Cuándo llegará ese día feliz? Aquí entra otro tema teológico importante del Antiguo Testamento: «el día del Señor». Puede ser cualquier día a lo largo de la historia humana en que Dios interviene de modo especial, juzgando o liberando. Será por antonomasia «aquel día» en que el Señor establezca definitivamente su reinado sobre el mundo. También se usan fórmulas como «vendrán días» o «al final de los días». Pero, ¿cuándo? ¿En qué fecha se cumplirá? Imposible saberlo. Está próximo y será repentino, dice la Primera Carta a los Tesalonicenses (4,16; 5,1-6). Se difiere y se anunciará con signos previos, dice la Segunda Carta. ¿Qué ha provocado el cambio? Algunos piensan que ha evolucionado el pensamiento de Pablo; otros sostienen que son dos aspectos complementarios de una misma realidad. La primera visión transforma la esperanza en expectación, manteniendo tensa la vida cristiana; la segunda, traduce la expectación en esperanza serena y perseverancia. Nunca da cabida el Nuevo Testamento a una especulación sobre fechas precisas. ¿Quiénes saldrán a recibir al Señor?

Queda pendiente el problema si miramos a los que saldrán a recibir al Señor: ¿Sólo aquellos a los que la «venida» los encuentre aún vivos?, ¿no participarán los muertos en el acontecimiento? La preocupación delata la solidaridad con los hermanos difuntos y una concepción bastante burda. Pablo responde que para ellos habrá resurrección y serán arrebatados al encuentro del Señor (4,16s). Primera carta. Se trata del primer escrito del Nuevo Testamento, compuesto en el año 51, en Corinto.

Nos deja entrever lo que era una Iglesia joven y ferviente, firme en medio de los sufrimientos. Nos informa sobre las creencias de los cristianos, unos 20 años después de la Ascensión, entre ellas: la Trinidad; Dios como Padre; la misión de Jesús, Mesías; su muerte y resurrección y su futuro retorno;

las tres virtudes, fe, esperanza y caridad. Segunda carta. Sucedió que algunos fieles sacaron consecuencias abusivas de la recomendada expectación: no valía la pena trabajar ni ocuparse de los asuntos de la vida terrena. Estemos quietos y a la espera. Pablo escribe una segunda Carta poco tiempo después y también desde Corinto, puntualizando su doctrina sobre la parusía y haciendo una lectura teológica de la historia.

Llegará por etapas: ahora ya está actuando el rival, Satanás, provocando persecuciones y difundiendo impiedad; llegarán después el Anticristo y una apostasía; finalmente, sucederá la venida triunfal de Jesucristo. Por tanto, el cristiano debe trabajar y esperar.

Saludo¹ 1 Pablo, Silvano y Timoteo a la Iglesia de Tesalónica, en Dios Padre y en el Señor Jesucristo: Gracia y paz a ustedes. Acción de gracias² 2 Siempre damos gracias a Dios por todos ustedes, teniéndolos presentes en nuestras oraciones, 3 recordando su fe activa, su amor entrañable y su esperanza perseverante en nuestro Señor Jesucristo ante Dios nuestro Padre.

4 Nos consta, hermanos queridos de Dios, que ustedes han sido elegidos; 5 porque, cuando les anunciamos la Buena Noticia, no fue sólo con palabras, sino con la eficacia del Espíritu Santo y con

fruto abundante. Ya saben cómo procedimos cuando estuvimos allí al servicio de ustedes. 6 Y ustedes, por su parte, siguieron nuestro ejemplo y el del Señor, recibiendo el mensaje con el gozo del Espíritu Santo en medio de graves dificultades; 7 hasta el punto de convertirse en modelo de todos los creyentes de Macedonia y Acaya.

8 A partir de ustedes la Palabra del Señor, no sólo se difundió en Macedonia y Acaya, sino que a todas partes llegó la fama de su fe en Dios, de manera que no es necesario hablar de esto.

9 Ellos mismos, cuentan cómo ustedes me han recibido y cómo, dejando los ídolos, se convirtieron a Dios para servir al Dios vivo y verdadero, 10y esperar la venida desde el cielo de su Hijo, al que resucitó de la muerte: Jesús, q

1 1,1 Saludo. Siendo ésta la primera carta salida de la pluma de Pablo y probablemente el documento cristiano más antiguo, escrito hacia el año 51, merece la pena detenerse en el saludo. El Apóstol, siguiendo las reglas de cortesía del género epistolar de su tiempo, inicia la introducción de su carta con la mención del remitente y de los destinatarios, terminando con una expresión de buenos augurios.

Pablo dará siempre un contenido cristiano a este esquema tradicional. Aunque figuran tres remitentes: Pablo, Silvano y Timoteo, uno solo es el autor, Pablo, quien se presenta sin mencionar su título de apóstol, mención que se hará necesaria en casi todas sus cartas posteriores. Los destinatarios son «la Iglesia de Tesalónica» (1).

La palabra «Iglesia» no es tan inocente como parece. Para la mayoría de los cristianos de hoy quizás ha perdido toda la fuerza innovadora y subversiva que contiene. No era así para las primeras comunidades de creyentes.

En el contexto civil de la época, «Iglesia» – «ekklesía», en griego– designaba a la «asamblea de dirigentes» que encarnaba el ideal democrático de participación ciudadana que había dado origen a la ciudad griega –«polis»–. En tiempos del Apóstol, sin embargo, estas «asambleas ciudadanas» estaban sometidas a la autoridad suprema del emperador y, como tales, controladas y manipuladas para perpetuar los planes de dominio político, económico y social del imperio romano.

Pablo llama «Iglesia» a la comunidad cristiana de Tesalónica, pero con un cambio total de sentido, en contraste y oposición con la sociedad o «ekklesía» civil de su tiempo, detentora, la mayoría de las veces, de un poder opresor. La comunidad cristiana o Iglesia apunta a una sociedad alternativa, radicalmente distinta. La clave está en la «autoridad» de quienes la convocan y sostienen, que le dan nueva identidad y a quienes debe obediencia: Dios Padre y el Señor Jesucristo.

En la mente de Pablo, la «Iglesia» es también la heredera de la «Asamblea de Dios» («qahal», en hebreo), título con que se designaba al pueblo de Israel, elegido y convocado por Dios. Ambas resonancias, griega y hebrea, siguen en los buenos deseos iniciales de la carta. «Gracia» es saludo griego, en clave cristiana es el favor de Dios otorgado ahora por medio de su Hijo. «Paz» es saludo hebreo. El contexto cristiano enriquece el contenido de la palabra, dándole también un sentido de «paz alternativa» a la «paz romana», que era la ideología política de la época: «les doy mi paz, y no la doy como la da el mundo» (Jn 14,27). 2 1,2-10

Acción de gracias. El recuerdo de sus comunidades va siempre unido en Pablo a la oración y a la acción de gracias por ellas. El Apóstol expresa esta «acción de gracias» (2) con el mismo término con que se designa a la celebración donde la presencia del Señor resucitado convoca y transforma a los creyentes en una comunidad de hermanos y hermanas: eucaristía. De ahí que la fe, la esperanza y la caridad de los tesalonicenses que recuerda y menciona el Apóstol tengan esta dimensión

fraterna: una fe activa que se traduce en obras (cfr. Gál 5,6); un amor solidario que implica esfuerzo; una esperanza que es paciente y firme. Encontramos, pues, reunidas por primera vez las tres virtudes teologales «fe, esperanza y amor», y volverán a mostrarse unidas en 1 Cor 13,13; Rom 5,2-5; Gál 5,5s; Col 1,4s; Heb 6,10-12; 1 Pe 1,21s.

Para Pablo no pueden separarse y funcionar aisladamente, puesto que la una implica a las otras y las tres juntas definen la vivencia total del compromiso cristiano. Esta nueva vida de la Iglesia de los tesalonicenses ha sido posible porque el Evangelio que Pablo les predicó no fue simple palabra humana, sino que iba cargada con la energía y eficacia del Espíritu Santo, y por tanto, fue fecunda y produjo fruto (cfr. Is 55,10s; 1 Cor 2,4). El «fruto evangélico» que les recuerda el Apóstol es la acogida gozosa de su predicación y de su testimonio «en medio de graves dificultades» (6), de manera que al imitar a Pablo en este sufrir con gozo por el Evangelio (cfr. 1 Cor 4,16), los tesalonicenses se convirtieron en imitadores de Jesucristo y «en modelo de todos los creyentes de Macedonia y Acaya» (7).

La paradoja del gozo en el sufrimiento está apuntada ya en el Antiguo Testamento (cfr. Sal 4,8) y es tema central del mensaje evangélico (cfr. Lc 6,22s; Hch 5,41). Es un gozo infundido por el Espíritu.

Pablo presenta a continuación, en síntesis apretada, en qué consistió esta primera predicación que fructificó en la conversión de los tesalonicenses, por la que está dando gracias a Dios, a saber: el abandono de los ídolos para adherirse al Dios vivo y entrar así en la esperanza de la venida de su Hijo, Jesús, «que nos libra de la condena futura» (10). Esta esperanza de la venida de Cristo al final de los tiempos será uno de los temas principales de la carta. 1 Ministerio de Pablo en Tesalónica3 1 Ustedes saben, hermanos, que nuestra visita no fue inútil. 2 Después de sufrir malos tratos en Filipos, como ya saben, nuestro Dios nos dio valentía para anunciarles la Buena Noticia de Dios en medio de una fuerte oposición.

3 Es que nuestra predicación no se inspira en el engaño, ni en motivos sucios, ni usa el fraude; 4 sino que, Dios nos encontró dignos de confiarnos la Buena Noticia y nosotros la predicamos, buscando agradar no a hombres, sino a Dios, que examina nuestros corazones.

5 Ustedes saben, y Dios es testigo de ello, que nunca los halagamos con palabras bonitas, ni usamos pretextos para ganar dinero; 6 tampoco hemos pretendido honores humanos, ni de ustedes ni de otros, 7 aunque podíamos, como apóstoles de Cristo, hacer sentir nuestro peso.

Al contrario, nos portamos con ustedes con toda bondad, como una madre que acaricia a sus criaturas. 8 Sentíamos tanto afecto por ustedes, que estábamos dispuestos a entregarles no sólo la Buena Noticia de Dios, sino también nuestra propia vida: tanto los queríamos. Recuerden, hermanos, nuestro esfuerzo y fatiga: noche y día trabajamos para no serles una carga mientras les proclamábamos la Buena Noticia de Dios.

10 Ustedes son testigos y también Dios del trato santo, justo e irreprochable que mantuvimos con ustedes, los creyentes; 11saben que tratamos a cada uno como un padre a su hijo, 12 exhortándolos, animándolos, exigiéndoles a llevar una vida digna de Dios, que los llamó a su reino y gloria.

13 Por eso también nosotros damos siempre gracias a Dios, porque, cuando escucharon la Palabra de Dios que les predicamos, la recibieron, no como palabra humana, sino como realmente es, Palabra de Dios, que actúa en ustedes, los creyentes.

14 Ustedes, hermanos, siguieron el ejemplo de las Iglesias de Dios fieles a Cristo Jesús que están en Judea; porque sufrieron de parte de sus compatriotas el mismo trato que ellas de parte de los judíos; 15 los cuales dieron muerte al Señor Jesús, nos persiguieron a nosotros, no agradan a Dios y son enemigos de todo el mundo; 16 nos impiden hablar a los paganos para que se salven; y así están colmando la medida de sus pecados.

Pero finalmente el castigo de Dios ha venido sobre ellos. 17 Nosotros, hermanos, separados temporalmente de ustedes, en el cuerpo pero no en el corazón, sentimos un ardiente deseo de volver a verlos. 18 Yo, Pablo, varias veces quise ir a visitarlos, pero me lo impidió Satanás. 19 Porque, cuando venga el Señor nuestro, Jesús, ¿quién sino ustedes será nuestra esperanza y gozo y la corona de la que estemos orgullosos ante él? 20 Ustedes son mi gloria y mi gozo.

3 2,1-20 Ministerio de Pablo en Tesalónica. Recordando emocionado su actividad misionera entre los tesalonicenses, las palabras de Pablo tienen algo de autodefensa y apología de su ministerio y mucho de manifestación de afecto. Reitera expresiones como «saben, conocen, son testigos», en una especie de amable complicidad: aunque ya lo saben... yo les digo. El conjunto es una especie de autobiografía apostólica, escrita por Pablo en un momento de cierta ansiedad o aprehensión con respecto a la comunidad. En realidad, tuvo que marchar muy pronto de Tesalónica (cfr. Hch 17,1-8), sin haber podido regresar a visitar a sus fieles, y teme que algunos le hayan podido confundir por un charlatán de tantos que abundaban en aquella época. Esta autodefensa, como veremos, resultó innecesaria. Pablo habla de su vocación de apóstol, confirmada por sus sufrimientos en Filipos (cfr. Hch 16,16-40); describe sus sanas intenciones en la predicación, sobre todo su desinterés –los charlatanes itinerantes de la época lo hacían por dinero–, y también la buena acogida que los tesalonicenses le dispensaron y el éxito de su trabajo misionero entre ellos. Su actitud ha sido de entrega, como de una nodriza, como de un padre, como de alguien dispuesto a dar la vida. En cuanto a su método de predicación, lo suyo ha sido «proponer» más que «imponer». Y algo muy importante, Pablo sabe que el anuncio evangélico tiene que ir respaldado por una vida intachable, y así menciona su trabajo manual para no ser gravoso a sus evangelizados que frecuentemente eran pobres. Quizás se refiera a su oficio de tejedor de tiendas de campaña, tal como nos narra Hch 18,3. En el ambiente griego, el trabajo manual era considerado humillante, cosa de esclavos (cfr. 2 Cor 11,7), pero Pablo está dispuesto a todo por el bien del Evangelio. Retoma la acción de gracias (1,5s) para exponer en concreto la tribulación sufrida. Pero antes completa y enriquece la doctrina sobre la palabra del Evangelio a que se ha referido antes (1,5). La palabra del predicador del Evangelio es palabra humana, pronunciada por Pablo; pero es también «Palabra de Dios» y, como tal, activa por sí, independiente de cualquier resorte humano de persuasión. En cuanto a las penalidades sufridas, éstas vinieron de los paganos que ponían trabas e incluso perseguían a sus paisanos conversos. Pero a Pablo parece dolerle más la hostilidad de los judíos (cfr. Sal 55,14s). Las duras expresiones que usa se han de entender a la luz de los acontecimientos narrados en Hch 17 que ocasionaron su huida precipitada de Tesalónica. Se refiere a aquellos judíos que se resisten a aceptar el Evangelio y luchan contra su difusión. Ellos, a quienes equipara a Satanás, le están impidiendo regresar a la ciudad. Pero aunque esté separado físicamente de los tesalonicenses, los lleva en el corazón y esta comunión mutua se manifestará como su gloria y su corona el día de la venida del Señor. 2 Preocupac